

José María Vergara y Vergara y las vindicaciones literarias del Salto de Tequendama en la prensa periódica del siglo XIX

José María Vergara y Vergara and the literary vindications of Salto do Tequendama in the 19th century periodical press

José María Vergara y Vergara e as vindicações literárias do Salto do Tequendama na imprensa periódica do século XIX

César Augusto Espitia Pedreros (UNILA)*
Diego Chozas Ruiz-Belloso (UNILA)**

Resumen: En la segunda mitad del siglo XIX, José María Vergara y Vergara y otros escritores afines a él estética e ideológicamente, preocupados con la imagen exterior de Colombia, escogieron el Salto de Tequendama como objeto de sus obras con la intención de transformarlo en símbolo nacional, retratándolo desde el prisma del Romanticismo en diversas publicaciones periódicas de la época.

Palabras clave: Salto de Tequendama; José María Vergara y Vergara; Juan Francisco Ortiz; José Joaquín Ortiz; José María Gutiérrez de Alba; El Mosaico

Abstract: In the second half of the 19th century, José María Vergara y Vergara and other writers related to him aesthetically and ideologically, concerned with the external image of Colombia, chose the Tequendama Falls as the object of their artistic works with the intention of transforming it into a national symbol, describing it from the prism of Romanticism in some contemporary magazines.

Keywords: Salto de Tequendama; José María Vergara y Vergara; Juan Francisco Ortiz; José Joaquín Ortiz; José María Gutiérrez de Alba; El Mosaico

A apenas 40 kilómetros del centro de Bogotá, se encuentra una de las cascadas más destacables del continente americano: el Salto de Tequendama, accidente geográfico que en el siglo XIX parecía llamado a convertirse en una seña de identidad colombiana y en una atracción turística internacional. Estas aspiraciones, no obstante, acabarían viéndose frustradas: la fama del Salto es hoy en día muy limitada, apenas trascendiendo

* Estudiante de graduación del curso de Letras – Español y Portugués como Lenguas Extranjeras (LEPLE). Becario de Iniciación Científica para el proyecto de pesquisa “Análisis del discurso de viajeros por Latinoamérica en el siglo XIX: su contribución a las identidades nacionales”. E-mail: cae.pedreros.2019@aluno.unila.edu.br; Lattes: <http://lattes.cnpq.br/4895404160264025>.

** Profesor Adjunto del Área de Letras y Lingüística de la Universidad Federal de la Integración Latinoamericana (UNILA). Coordinador del proyecto de pesquisa “Análisis del discurso de viajeros por Latinoamérica en el siglo XIX: su contribución a las identidades nacionales”. E-mail: diego.belloso@unila.edu.br; Lattes: <http://lattes.cnpq.br/8676857656702238>.

las fronteras del país, y tiene además téticas connotaciones debido al gran número de personas que, a lo largo del siglo XX, eligieron este lugar para quitarse la vida.

En este trabajo presentaremos un entramado de textos dedicados al Salto de Tequendama, en su mayoría de autores colombianos (o neogranadinos, si empleamos el gentilicio más común en la época), que aparecieron en la prensa periódica del siglo XIX describiéndolo como un paraje de belleza sobrecogedora. Dichos escritos, como es regla en la literatura de viaje, se citan entre sí, conformando una red intertextual con intenciones bastante homogéneas, casi siempre de cuño nacionalista o patriótico: en su conjunto, pretendían elevar el Salto de Tequendama a objeto literario y emblema nacional de Colombia.

En la encrucijada de dichos textos encontramos un artículo que nos servirá de punto de partida y de eje vertebrador del presente estudio. Se trata de una breve materia periodística del escritor colombiano José María Vergara y Vergara² titulada “El Salto de Tequendama”, cuya comprensión cabal y contextualizada nos irá conduciendo hacia otros textos estrechamente vinculados entre sí publicados en la prensa de la época. “El Salto de Tequendama”, de Vergara, no solo sintetiza muchos textos anteriores, sino que les da coherencia orientándolos y encauzándolos hacia un objetivo común. Para expresar al máximo las intenciones comunicativas del texto de Vergara, recurriremos a las herramientas facilitadas por el Análisis del Discurso³.

El referido artículo de Vergara y Vergara, que nos servirá de rosa de los vientos para navegar por la prensa de la época, fue publicado, junto con un grabado, el 25 de agosto de 1871 en *La Ilustración Española y Americana*, la revista ilustrada española más importante del último cuarto del siglo XIX (MÁRQUEZ, 2005). Como ya adelantábamos, “El Salto de Tequendama” es un texto considerablemente breve: la mitad superior de una página más una columna de otra. Incluye además extensas citas que suponen aproximadamente la mitad del artículo. Este se abre anunciando la existencia del grabado (o “vista”) que, unas páginas más adelante, reproduce la cascada, lo cual comunica al lector una primera impresión de que el texto va a ser una mera explicación de la imagen,

² José María Vergara y Vergara (1831-1872), destacada personalidad de la intelectualidad bogotana de la época, conocido por haber sido el primer historiador de la literatura colombiana y por haber fundado la famosa tertulia de El Mosaico, que integraría a importantes e influyentes personajes de la vida cultural y política colombiana, como los novelistas Jorge Isaacs o José Eugenio Díaz Castro, o el escritor y estadista José Manuel Marroquín, que ejercería como Presidente de la República en los albores del siglo XX.

³ Puede encontrarse un panorama amplio y bastante completo de las estrategias del Análisis del Discurso en Calsamiglia y Tusón (2001), Orlandi (2001) o Nagamine Brandão (2006), por destacar apenas algunas obras de carácter más general.

una breve y sencilla nota descriptiva subordinada al grabado, de las que tan comunes eran en las revistas ilustradas de la época y que solían publicarse sin firma o firmadas apenas con iniciales. Sin embargo, la acusada voluntad de estilo de los primeros párrafos contradice esta primera impresión y nos muestra un escrito con la suficiente entidad como para ser firmado con el nombre completo del autor. Y puesto que Vergara es colombiano, podemos afirmar que desde el primer párrafo adopta una postura abiertamente nacionalista, de defensa de lo propio, al escribir que “esta indescriptible maravilla de la naturaleza no [es] tan famosa y conocida como la catarata del Niágara [...] pero sí tan digna de serlo”. No estamos, pues, ante una objetiva descripción de enciclopedia, sino ante un escrito ideológicamente marcado.

En efecto, el encomio de este paisaje nacional es un elemento cohesionador en el texto de Vergara, en el que todo está al servicio de la exaltación patriótica del Salto, desde el estilo subido y poético, cuajado de figuras retóricas, a la mención de poetas que se han inspirado en este paraje, pasando por la selección de extractos elogiosos de otros textos. En este sentido, llama la atención que una de las largas citas seleccionadas (la de Juan Francisco Ortiz) se limite casi exclusivamente a listar los visitantes ilustres que contemplaron el Tequendama en el siglo XIX, y que esos visitantes sean casi todos extranjeros⁴, con la velada intención de que estos altos personajes (entre los que se encuentran Bolívar, Humboldt y algunos aristócratas europeos) sean garantes de la belleza de la cascada colombiana, estableciendo una suerte de relación de proporcionalidad entre la importancia de los viajeros y el valor estético del Salto. Por otro lado, puesto que de estos aristocráticos personajes emana el prestigio social, sus actos se justifican por sí mismos, y la visita al Salto de Tequendama adquiere automáticamente, gracias a ellos, el estatus de lo elegante, admirable e incluso envidiable. En lo que de propaganda tiene el texto de Vergara y Vergara, se aprecia una estrategia muy empleada por la publicidad moderna, presentando personajes prestigiosos, ampliamente admirables, o famosos, realizando una actividad que todo el mundo debería imitar: en este caso, viajar personalmente hasta el Tequendama.

A pesar de que buena parte del artículo de Vergara y Vergara se centra, como decimos, en los viajeros que contemplaron el Salto, lo cierto es que el autor no termina

⁴ El viajero local mencionado es el religioso, científico y aventurero Romualdo Cuervo, que se descolgó con una “petaca de cuero” por el abismo del Tequendama, como también hizo en el Hoyo del Viento, según vemos en *El Museo de Cuadros de Costumbres*, volumen III, pp. 204-207, edición del Banco de la República de Colombia. Disponible en <http://babel.banrepcultural.org/cdm/singleitem/collection/p17054coll10/id/2512/rec/3>.

de aclarar si él mismo fue personalmente al Tequendama alguna vez, aunque esto sea lo más probable dado lo popular que era la excursión a la cascada entre los bogotanos del XIX. No hay narración en primera persona de una visita concreta de Vergara al Salto, y el único indicio de que el propio autor pudo conocer personalmente el paisaje que describe es el discurso altamente subjetivo de los primeros párrafos y del cierre. Sin embargo, sí se puede aseverar sin sombra de duda que los dos autores colombianos a los que Vergara cede con largueza la palabra visitaron el Salto: son el “distinguido literato” Francisco Antonio Zea⁵ y el ya mencionado Juan Francisco Ortiz, del que Vergara reproduce un largo trecho de un “bello artículo” que dice tener a la vista.

Este texto de Ortiz no es otro que “El Salto del Tequendama”, publicado por primera vez en 1860 en la revista *El Mosaico*⁶ y nuevamente en 1866 en el *Museo de Cuadros de Costumbres*, en un tomo compilado por el propio José María Vergara y Vergara (GALINDO CRUZ, 2015, p. 116). Interesa destacar, pues, por el momento, que en 1871, cuando escribió para la revista española, Vergara y Vergara recurrió a un texto de Juan Francisco Ortiz que él mismo ya había seleccionado previamente para componer el primer volumen del *Museo de Cuadros de Costumbres*.

Al examinar el texto de Ortiz, notamos además que Vergara y Vergara no le debe apenas los extensos fragmentos de citas literales: Vergara se apropia del esqueleto estructural del texto de Juan Francisco Ortiz, reduciendo y suprimiendo algunas partes, reescribiendo otras y llegando a reproducir algunas expresiones literales⁷ y hasta ciertos tropos, como la comparación entre el ruido del agua en el Salto y el rugido de un león. Además, las citas de Francisco Antonio Zea que emplea Vergara y Vergara son exactamente las mismas que incluyera Ortiz en su texto. Bien podríamos decir que el texto de Vergara es poco más que una reducción del de Ortiz, y aunque no se trata

⁵ Se puede inferir por el contexto que Vergara pasa la palabra a un autor que describe el Salto a partir de su vivencia personal, pero si esto no termina de resultar convincente, la cita de Zea incluye la mención de un “viajero” y un “espectador” genéricos que suelen emplearse en literatura de viaje como recurso de modestia para ocultar la presencia del autor. La confirmación definitiva de que Zea visitó personalmente el Salto de Tequendama, en todo caso, la tenemos en el texto original, publicado en 1801 y disponible en internet: <https://books.google.com.br/books?id=SmuSdjN85wC&printsec=frontcover#v=onepage&q=Zea&f=false>

⁶ N° 22 de 1860, pp. 172-174. Disponible en:

<http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll26/id/2757>.

⁷ Resulta llamativo que en el texto firmado por Vergara en *La Ilustración Española y Americana* las palabras “greyes” (rebaños) y “quebradas” (arroyuelos o torrentes de montaña) se destaquen en cursiva, cuando en el texto fuente (donde aparecen también) no reciben ningún tipo de subrayado. Entendemos que la cursiva tiene la función de señalar los vocablos extraños a los lectores españoles de *La Ilustración*, dando a los términos americanos el mismo tratamiento textual que se reserva a neologismos, extranjerismos o vulgarismos. Solo resta saber si los colombianismos fueron destacados por Vergara o por los editores de la revista.

propiamente de un plagio, pues los trechos reproducidos se entrecorren y se cita la fuente, lo cierto es que el peso del texto del *Museo de Cuadros de Costumbres* no está suficientemente reconocido en el artículo de Vergara.

En todo caso, cotejando ambos textos más detenidamente, podríamos afirmar que Vergara no solo condensa el texto de Ortiz, sino que además modifica su naturaleza al suprimir o transformar las descripciones geográficas más objetivas y conservar y destacar las visiones más poéticas y novelescas, de manera que el Salto de Tequendama pasa de ser objeto de la geografía a objeto de la literatura, y tal vez de la política, desplazándose desde lo real hacia lo simbólico.

En efecto, Vergara opta por no reproducir la extensa cita del “sabio Caldas”⁸, texto de espíritu ilustrado que incluye una descripción bastante técnica del fenómeno geológico y lista las especies vegetales del lugar, y en relación a los pasajes de Salazar⁹ que hacen referencia al origen mítico del Salto y que Ortiz cita literalmente, Vergara prefiere parafrasearlos con una redacción más apurada en la que además llama la atención una pequeña pero significativa aportación personal: dice Vergara y Vergara que la leyenda del origen del Salto (una divinidad quebró la llanura con su vara acabando con la inundación) parece conectada con la tradición del diluvio universal “más o menos corrompida”, juicio de valor personal que se separa del texto de Salazar, quien en ningún momento sugiere que el mito indígena sea fruto de una “corrupción”.

Ahora bien, la descripción más encendida, poética y romántica de la cascada, que es la de Francisco Antonio Zea, Vergara la incorpora casi integralmente a su texto:

Es preciso figurarse el Tíber, que se despeña por una roca escarpada, tres veces más alta que la cúpula del Vaticano, para formarse tal cual idea de este salto... Suspendido el viajero como en el aire, entre árboles y peñas; registrando espantosas profundidades; viendo estrellarse entre una y otra roca aquel soberbio río, y levantar al cielo nubes de espuma y torbellinos de humo, con un ruido como el de mil truenos que retumban mil veces en el hondo valle; y contemplando luego el anchuroso abismo, aquel infierno de agua en millares de olas que, batiéndose contra otros millares de olas, ya caen precipitadas, ya se

⁸ Francisco José de Caldas (1768-1816). La fuente empleada por Ortiz debe de ser “Estado de la Geografía del Virreinato de Santa Fe de Bogotá”, trabajo publicado en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* a lo largo de enero y febrero de 1808. Disponible en: http://bdigital.unal.edu.co/95/1/estado_de_la_geografia.pdf

⁹ Se trata de José María Salazar, que, a lo largo de julio y parte de agosto de 1809, vio publicado en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* su “Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá”. El trecho sobre el origen mítico del Salto del Tequendama se encuentra en el n° 27, del 16 de julio de 1809, disponible en <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll26/id/1655>.

levantan más enfurecidas, braman, conmueven el monte, y lanzándose unas sobre otras, desaparecen como relámpagos.¹⁰

Junto al tono exaltado e hiperbólico de la descripción de Zea, que reúne lo bello y lo terrible según lo que pensadores como Burke y Kant habían descrito dentro de la categoría estética de *lo sublime*, resulta llamativo el empleo de dos referentes europeos, y más concretamente romanos (el Tíber y el Vaticano) como términos de comparación que permitan hacerse una idea de las dimensiones de la cascada americana. La explicación de esto puede ser doble: por un lado, el texto de Zea fue originalmente publicado en Madrid, con lo que se dirigiría prioritariamente a lectores españoles, pero además Zea dice haber tomado las comparaciones de religiosos: los ex-Jesuitas del Reino y un tal padre Julián, cuya obra manuscrita no llegó a publicarse (ZEA, 1801, p. 149). En todo caso, no podemos obviar que Juan Francisco Ortiz selecciona para su artículo precisamente este trecho de Zea, y que José María Vergara y Vergara conserva esta cita mientras que elimina o transforma otras, de lo que colegimos que los textos de Ortiz y Vergara van dirigidos a lectores implícitos para los que el Tíber y el Vaticano son referentes culturales válidos; lectores, por tanto, de cultura eurocéntrica o, como veremos más adelante, potenciales lectores de la propia Europa.

Otra muestra de referente europeo es el paralelismo que Ortiz establece (y Vergara reproduce) entre el río Funza, que atraviesa la sabana de Bogotá rompiéndose en el Salto, y el Erídano, que recorría la antigua Atenas y que también solía salirse de su cauce. En este caso, originalmente el texto de Ortiz no se dirigía a un público extranjero, sino a los lectores bogotanos de *El Mosaico*, con los que presumiblemente el autor compartiría una sólida cultura grecolatina. La élite cultural, económica y política de Colombia, como vemos, hablaba de su tierra estableciendo continuas conexiones con la cultura del Viejo Continente; la describía con un prisma europeo, con ojos extranjeros.

Retomando la intención de Vergara y Vergara de literaturizar en su texto el Salto de Tequendama, podemos fijarnos aún en los párrafos finales de su artículo, en los que el autor por fin se aparta de Juan Francisco Ortiz para escribir sus líneas más personales, a las que además hay que atribuir un peso especial precisamente por tratarse del colofón

¹⁰ Zea publicó originalmente su “Descripción del salto de Tequendama” en el VIII *Quaderno de los Anales de Ciencias Naturales* (AHN, 1801/7, p. 152) Disponible en <https://books.google.com.br/books?id=Sm-uSdjN85wC&printsec=frontcover#v=onepage&q=Zea&f=false>.

del escrito. Tras comentar que numerosos poetas se han inspirado en el Salto, Vergara concluye:

Pero confesamos que el ingenio humano es impotente para describir el grandioso espectáculo que forma aquella enorme masa de agua que se despeña rugiendo; aquellos iris matizados de vivos colores que se forman en el centro, cuando el sol poniente la ilumina; aquellas espesas brumas que suben desde el fondo del abismo y se extienden luego por la ancha llanura que rodea el salto de Tequendama.

Para copiar las grandes maravillas de la naturaleza, esas obras colosales que pregonan elocuentemente el poder del Hacedor del mundo, no son bastante las plumas de los poetas ni los pinceles de los artistas.

Estas palabras de Vergara y Vergara, escritas con la misma retórica romántica de las de Zea, suponen la máxima exaltación posible del Salto de Tequendama, pues, siguiendo el tradicional tópico literario de lo inefable, se afirma que la grandiosidad y la belleza, a partir de cierto grado superlativo, dejan de estar al alcance del lenguaje, se tornan humanamente inexpresables. Tanto las palabras de los poetas como las imágenes de los artistas (por ejemplo, el grabado que incluye la revista) no serían más que pálidos reflejos de la poderosa experiencia inmediata de la gran cascada, experiencia religiosa que tiende lazos con lo trascendente, con el más allá, que evidencia el “poder del Hacedor”.

Tampoco debemos pasar por alto el empleo de la palabra “maravillas” en estas líneas finales que reformulan y desarrollan una idea ya expresada en la primera frase de Vergara, aquella de la “indescriptible maravilla de la naturaleza”, y esto porque, por un lado, el concepto de “maravilla” ha estado asociado a la literatura de viaje al menos desde Marco Polo, y por otro, porque lo maravilloso viene además vinculándose con el continente americano desde las primeras descripciones realizadas por los europeos, prolongándose esta asociación al menos hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando lo real maravilloso se asume como una clave esencial para comprender la cultura latinoamericana. Lo prodigioso, extraordinario, excéntrico, termina interiorizándose como rasgo de identidad, como paradójico atributo de la realidad circunstante y común.

Además de estos dos párrafos de cierre, encontramos en el artículo de Vergara y Vergara una última aportación personal que no puede considerarse una mera reducción o transformación del texto de Juan Francisco Ortiz:

Mientras Ortiz concluye su texto reproduciendo algunos trechos de poemas dedicados al Tequendama (obras de Arriaza, Madiedo, Samper, Celedón y José Joaquín

Ortiz, hermano de Juan Francisco, a los que se añaden algunos de los versos que Heredia dedicó al Niágara), Vergara en su artículo se limita a apuntar la existencia de “inspiradas poesías que vates colombianos y españoles han dedicado a la majestuosa cascada”, y, sin incluir ningún verso, cita tan solo dos nombres: el de José Joaquín Ortiz y el del poeta y dramaturgo español José María Gutiérrez de Alba, “que viaja hoy por las repúblicas hispanoamericanas con una misión confidencial”. De todos los autores incluidos en el artículo de Juan Francisco Ortiz, Vergara escoge a José Joaquín Ortiz para representar a la poesía colombiana, y añade además el nombre de un autor español por iniciativa propia.

Entendemos que esta omisión de los versos colombianos no se explica del todo por limitación de espacio, debiendo tenerse en cuenta el contexto de la publicación: puesto que *La Ilustración Española y Americana*, donde apareció el artículo de Vergara y Vergara, se dirigía fundamentalmente a lectores españoles, para exaltar la catarata sudamericana bastaba con destacar el hecho de que este lugar había despertado la inspiración de numerosos poetas, nada añadiendo la mención por su nombre de autores colombianos desconocidos en España. En este mismo sentido, la inclusión de Gutiérrez de Alba, poeta coterráneo de los lectores, también contribuiría a despertar la admiración en España por una *maravilla* natural sudamericana. Además, la mención de Gutiérrez de Alba bien pudo ser una cortesía o un gesto de aproximación por parte de Vergara: es probable que ambos autores se hubieran conocido ya en España durante el viaje a Europa de Vergara y Vergara, pero lo indudable es que llegarían a mantener una estrecha amistad durante la estancia de Gutiérrez de Alba en Colombia¹¹.

Enseguida nos extenderemos acerca de la relación entre Vergara y Gutiérrez de Alba, circunstancia que nos permitirá dilucidar mejor el trasfondo del artículo sobre el Tequendama, pero antes debemos detenernos en la elección de José Joaquín Ortiz como el poeta colombiano más representativo, o más excelso, de los que cantaron al Salto.

Comenzaremos con unas ilustrativas líneas que la Enciclopedia del Banco de la República de Colombia dedica a este autor y que incluyen el Salto de Tequendama entre los principales símbolos nacionales:

Ortiz ha sido llamado "El cantor de las glorias patrias" por sus bellas poesías patrióticas; destacó la heroicidad en la Guerra de Independencia, la bandera y los símbolos patrios, los atributos del pueblo colombiano y americano, la imagen del cóndor y la grandiosidad de los Andes, el Salto del Tequendama, la naturaleza americana y, en

¹¹ Con motivo de la muerte de Vergara y Vergara en marzo de 1872, Gutiérrez de Alba incluyó dos emotivas entradas en sus *Impresiones de viaje* en las que lo declara como “amigo del alma” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 1871-1872, pp. 167-169)

general, todos aquellos aspectos que exaltan los sentimientos individuales y colectivos¹².

Dice Vergara y Vergara en su artículo que el poema de José Joaquín Ortiz puede encontrarse en *La Lira Granadina*, una compilación de textos poéticos seleccionados por José Joaquín Borda y por el propio José María Vergara y publicados por la Imprenta de “El Mosaico” en 1860¹³. Sabemos ya que algunos pasajes del poema aparecieron ese mismo año en la revista *El Mosaico*, citados dentro de un artículo de Juan Francisco Ortiz (hermano del autor del poema), artículo que sería republicado por Vergara en 1866 en el *Museo de Cuadros de Costumbres*. Podemos añadir ahora que, en enero 1871, el mismo año que Vergara y Vergara publicaría su artículo sobre el Tequendama en *La Ilustración Española y Americana*, otra notable revista española, *La América*, publicó el poema completo de José Joaquín Ortiz¹⁴. Con posterioridad a esta fecha, tenemos constancia de que el poema fue publicado al menos en el volumen *Poesía*, del propio José Joaquín Ortiz, que vio la luz en Bogotá en 1880, en la imprenta de Echeverría Hermanos.

Dado el tono poético y el contenido del artículo de Vergara y Vergara (y del texto citado de Francisco Antonio Zea), algunos pasajes del poema de Ortiz pueden explicar la preferencia de Vergara por esta obra poética en particular. Leemos¹⁵:

Oír ansí tu trueno majestuoso
Tremendo Tequendama! Ansí sentarme
A orillas de tu abismo pavoroso [...]
Heme aquí contemplándote anhelante
Suspense de tu abismo...
Mi alma atónita, absorta, confundida
Con tan grande impresión, te sigue ansiosa
En tu glorioso vuelo,
I al querer comprenderte desfallece
De tanta fuerza y majestad vencida!
Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
De asombro i de terror a las naciones
Cual rimbomba el cañón en la pelea,
I anuncia así de lejos al viajero
La hórrida majestad que te rodea [...]
Porque tu vista horriblemente bella
Asombro, pasmo, horror sublime inspira,

¹² https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php?title=Jos%C3%A9_Joaqu%C3%ADn_Ortiz (acceso el 11/12/2019).

¹³ El poema se encuentra concretamente en las páginas 142-146 y está disponible en línea: <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll10/id/2279> (acceso el 11/12/2019).

¹⁴ Apareció en concreto el 13 de enero, en el nº1 de 1871, p. 14. Disponible en línea: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002268515&search=&lang=es> (acceso el 11/12/2019).

¹⁵ Transcribo trechos del texto publicado en *La Lira Granadina* conservado la grafía original.

I de verdad severa lección grande
Deja en la mente con profunda huella.
Aire de gloria y de virtud respira
El hombre en ti; capaz de más se siente:
De legar a los siglos su memoria,
De ser un héroe, un santo o un poeta,
Tasso, Bolívar, Casas;
De sacar de su lira un són sublime
Como el iris que brilla por tu frente,
Como el eco de gloria que en ti jime!

Como podemos comprobar, aunque el núcleo del poema desarrolla el tema clásico del *tempus fugit* (el poeta siente la caducidad de todo lo humano, inclusive su propia vida, frente a la eternidad de la catarata), los trechos transcritos insisten, con tono exaltado, en la descripción de la experiencia sublime, que aúna el espanto y la belleza y que conecta con lo trascendente, sentimiento muy valorado en el Romanticismo que, como hemos visto, está muy presente en el artículo de Vergara y Vergara.

El segundo poeta citado por José María Vergara por su nombre es el español José María Gutiérrez de Alba, autor de una oda “Al salto de Tequendama” que, según Vergara y Vergara, apareció “en cierto periódico de Bogotá” que no hemos conseguido encontrar. Sin embargo, no nos cabe duda de que el poema mencionado es el mismo que Gutiérrez de Alba publicó en 1879 en su periódico *El Cachaco*, y que José Manuel Campos Díaz (2015, p. 249) recoge en su detallada bibliografía de la obra del autor andaluz¹⁶. En efecto, vemos que el poema, después de la firma, aparece fechado el 14 de septiembre de 1870, y que describe la honda impresión personal de una visita al Salto, rodeado de amigos, cuyas voces el poeta no consigue distinguir debido al atronador ruido del agua.

Transcribimos a continuación la primera y la última estrofa del referido poema:

Descubierta la frente, el pié inseguro
Al borde del abismo que me aterra,
Suspendido el aliento, el alma absorta,
Sumida la razón entre tinieblas,
Trémulo el corazón, el labio mudo,
Mis ojos asombrados te contemplan,
Prodigio colosal, que de los hombres
Humillas la arrogancia y la soberbia [...]

Cuando el Supremo Ser, con sus prodigios
Habla a la humanidad; cuando su lengua,

¹⁶ El poema se encuentra concretamente en las páginas 103-104 del n 26 (19 de septiembre de 1879) de *El Cachaco*. Disponible en: <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll26/id/1700>

En las incomprensibles maravillas,
Con que se ufana la creación entera,
En su divino, espléndido lenguaje
Las grandes obras del Señor celebra,
Sólo es posible doblegar la frente,
Fijar sumiso la rodilla en tierra,
Y, esperando y creyendo, bendecirle,
Y adorar su poder y su grandeza.

Ante la grandiosidad de este paisaje americano, Gutiérrez de Alba siente su insignificancia como ser humano frente a lo que se evidencia como una magnífica y espantosa obra de un Supremo Ser. El terror que provoca la cascada (su altura, su ruido, su poder desencadenado) curva la arrogancia del hombre y despierta la sublime sensación de lo sagrado. Se trata, en fin, de un nuevo abordaje del tema de la experiencia religiosa y trascendente que se repite entre los viajeros que visitan el Salto. Comprendemos ahora mejor, tras la lectura de estos versos, que Vergara y Vergara citara la “oda” de Gutiérrez de Alba al lado del poema de José Joaquín Ortiz, en el mismo texto, además, en el que se incluye una exaltada cita de Francisco Antonio Zea. La malla textual urdida por Vergara y Vergara (a partir del artículo de Juan Francisco Ortiz) muestra una notable coherencia en el tratamiento literario que recibe el Salto de Tequendama: el fenómeno geológico no se describe en sí mismo, objetivamente, sino de manera indirecta, verbalizando las impresiones subjetivas provocadas en la sensibilidad de los observadores: horror, belleza, trascendencia. Interesa la respuesta emocional, la carga sentimental que se vuelca sobre el elemento observado, el cual adquiere un significado subjetivo y simbólico.

Existe otro escrito de Gutiérrez de Alba en el que este autor relata, en esta ocasión en prosa, su excursión a la cascada. Se trata de “El salto de Tequendama”, que fue publicado el 19 de noviembre de 1894 en *La Ilustración Artística* (nº 673), de Barcelona, siendo este uno de los pocos trechos de los trece tomos de sus *Impresiones de un viaje a América* que vieron la luz en vida del autor (CAMPOS DÍAZ, 2015, p. 148)¹⁷.

Este artículo (que viene acompañado de un grabado realizado a partir de una fotografía) incluye una descripción del Salto de naturaleza muy diferente a la del poema: rehuendo toda sentimentalidad y grandilocuencia, y aun reconociendo encontrarse frente a “una de las maravillas geológicas más imponentes del territorio colombiano”, Gutiérrez de Alba escribe con el comedimiento propio de un viajero ilustrado, incluyendo datos

¹⁷ El Banco de la República de Colombia dedica una excelente página web, dirigida por Efraín Sánchez, a la literatura de viaje de José María Gutiérrez de Alba, con transcripciones de todo el material conservado de sus *Impresiones de un viaje a América*: <https://www.banrep.gov.co/impresiones-de-un-viaje/index.php/inicio/index>

objetivos como las distintas mediciones de la altura de la cascada realizadas hasta la fecha, o los nombres científicos de algunas especies vegetales de la zona.

Por su objetividad y pulcritud, esta descripción no ofrece puntos de contacto con el vehemente poema “Al salto de Tequendama”, del mismo autor, ni con las poéticas palabras de Vergara y Vergara sobre el mismo accidente geológico. Sin embargo, la primera columna del artículo, en la que se habla del desplazamiento hasta el Salto de Gutiérrez de Alba junto con un grupo de amigos, sí puede arrojar alguna luz sobre las motivaciones últimas de Vergara y Vergara en su texto sobre el Tequendama.

Nos cuenta José María Gutiérrez de Alba en los primeros párrafos de su artículo que, al poco de su llegada a Bogotá, fue introducido en la sociedad literaria El Mosaico, cuyos miembros, como forma de agasajar al ilustre extranjero, organizaron una excursión al Salto de Tequendama. Entre la numerosa comitiva de literatos¹⁸ que acompañaron a Gutiérrez de Alba hasta el Salto no estaba Vergara y Vergara, de viaje entonces por Europa, de lo que se colige que el orgullo despertado por este paisaje patrio, y el afán de asombrar con él a los extranjeros, no son exclusividad de José María Vergara, sino que están bastante extendidos entre la élite intelectual bogotana de la época.

Se cuenta que salieron a caballo de Bogotá a las cuatro de la tarde, y que cenaron en el municipio de Soacha. Durante la cena “se pronunciaron entusiastas brindis por la unión íntima de España y Colombia” y, tras una serenata ofrecida a los viajeros por la población local, fueron todos a dormir. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, ya junto a la catarata, prosigue la actividad literaria con la lectura de “varias poesías alusivas al acto”, una de las cuales, escrita por el poeta Carrasquilla, consistió en la “presentación oficial” de Gutiérrez de Alba al Salto de Tequendama. Como podemos comprobar por estas líneas, el Tequendama protagonizaba muy a menudo las producciones poéticas locales.

Concluiremos la contextualización del artículo de José María Vergara y Vergara que nos sirvió de punto de partida comentando un último escrito publicado también en la prensa de la época; una carta que nos permitirá completar el panorama ideológico que envuelve a este grupo de textos, vinculados entre sí, dedicados al Salto de Tequendama.

Poco antes de emprender el viaje de regreso a Colombia, concretamente el 29 de enero de 1871, José María Vergara le escribe una carta desde España a Gutiérrez de Alba,

¹⁸ Gutiérrez de Alba los nombra por este orden: José Manuel Marroquín, Ricardo Carrasquilla, Jorge Isaacs, Diego Fallón, Salustiano Villar, Aníbal Galindo, José Joaquín Borda, Camilo Ángel, Ricardo Silva, Francisco Ortega y José María Samper.

que, en esos días, como sabemos, se encontraba en Bogotá desempeñando una “misión confidencial” del gobierno español. Según Campos Díaz (2015, pp. 138-143), esta misión, no tan secreta, consistía básicamente en indagar por qué Colombia (oficialmente “Estados Unidos de Colombia” de 1863 a 1886) no había establecido relaciones formales con la antigua metrópoli desde la independencia.

Dicha carta de Vergara y Vergara, precedida de una breve presentación enviada desde Bogotá por Gutiérrez de Alba, vio la luz pública el 13 de febrero de 1871 en la revista *La América* con el título de “Carta notable”¹⁹. Se trata de un extenso documento que se centra en la defensa y divulgación de la propuesta de la Academia Española de convidar cuerpos correspondientes en las capitales americanas, lo cual propiciaría la unidad de la lengua y el intercambio literario entre los países hispánicos de las dos orillas, teniendo en cuenta que “las relaciones literarias serían el mejor medio para estirpar odios, si los había, y para despertar afectos”. Vergara y Vergara insiste en destacar el “mutuo afecto que existe en el fondo de los corazones, en los dos pueblos españoles, que en las dos lejanas riberas del mar de Atlante, se engríen en los mismos recuerdos y se expresan en el mismo idioma”. En efecto, Vergara afirma que en España él no puede, ni debe, ni quiere ser extranjero²⁰, y que “el [pueblo] español, sea peninsular o americano” forma parte de una unidad mayor que se quebró en su momento pero que debería ser restaurada en su dimensión cultural, considerando que la ruptura de la unidad política (las independencias) es un hecho incontrovertible para el que no hay vuelta atrás y que establece una nueva relación de igual a igual entre España y las nuevas repúblicas americanas:

Si de hijos a padres, o de vasallos a señores tratamos ayer, de hermanos a hermanos, de libres a libres, trataremos hoy, y cada cual en su casa, y Dios en la de todos, buscaremos las reliquias de los destrozos hechos durante la lucha, para restaurar y conservar *los muebles de familia*.

El Salto de Tequendama se presenta ahora como metáfora de los fuertes vínculos que continúan existiendo entre España y América:

¹⁹ Disponible en: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002268922&search=&lang=es>

²⁰ También José María Samper (1953), en el texto que escribió con la ocasión de la muerte de Vergara, destaca el “alma española” del difunto amigo.

Tenía usted en las dos tajadas orillas de la partida roca, que en una de ellas se ven las piedras salientes, y en otra los senos que ocupaban y dejaron vacíos al retirarse, y viceversa; de manera que si las dos mitades de roca volvieran a juntarse, cada piedra encontraría su hueco, cada hueco recibiría su piedra. Así veo las dos costas morales de esta y aquella patria.

De esta carta aún nos interesa destacar algunas informaciones que Vergara y Vergara da sobre El Mosaico, grupo literario que daba cabida tanto a liberales como a conservadores, si bien estos últimos, entre los que se cuenta el autor, eran la gran mayoría. Un detalle del mismo texto nos revela que, para Vergara y Vergara, el grupo liberal se caracterizaría principalmente por ser “el encargado de defender la autonomía nacional”, de manera que el autor no incluiría entre las prioridades conservadoras la defensa de esta autonomía.

Llegados a este punto, ya estamos en condiciones de pasar a las consideraciones finales de este trabajo. Sintetizaremos a continuación las ideas centrales expuestas hasta el momento, pero, en esta ocasión, para añadir una nueva perspectiva, en lugar de partir del artículo de Vergara, presentaremos el texto como parte y resultado de un proceso, como consecuencia de una serie de factores.

José María Vergara y Vergara es una figura muy representativa de la intelectualidad conservadora del Bogotá de la segunda mitad del siglo XIX que se aglutinaba en el grupo literario El Mosaico. Esta influyente élite intelectual y económica, muy vinculada al poder, era de ideología nacionalista y patriótica, pero también estaría interesada en mantener buenas relaciones con la antigua metrópoli, a la que se sentiría emocional y culturalmente vinculada. Vergara y Vergara y su círculo querían el respeto y el reconocimiento de las demás naciones hacia su patria, especialmente de los españoles, y parte de su labor intelectual fue dedicada a construir símbolos nacionales que pudieran ser admirados en el extranjero. Aquí es donde entra en juego el Salto de Tequendama.

Al igual que los cuadros de costumbres surgieron en España para contraponerse a las falsedades e inexactitudes que los viajeros europeos publicaban sobre el país, según afirma Mesonero Romanos en el texto inaugural del costumbrismo español, “Las costumbres de Madrid”, el proyecto costumbrista de Vergara y Vergara plasmado en *El Museo de Cuadros de Costumbres* también pretendía, a juicio de Galindo Cruz (2015, p. 122) alcanzar al público español para responder a los estereotipos fundados en la

ignorancia, como puede apreciarse en las palabras de José María Vergara en el prólogo del primer tomo:

[...] nuestra patria es totalmente desconocida en su parte material y moral no sólo de los extranjeros que a causa de la ignorancia nos desprecian como a una turba de bárbaros; sino lo que es más triste, es desconocida de sus mismos moradores. [...] Como, según lo hemos dejado ya vislumbrar, abrigamos la esperanza de que nuestro libro sea leído por españoles europeos, queremos dirigir a éstos dos palabras en descargo de nuestra conciencia. (apud GALINDO CRUZ, 2015, pp. 119 y 122).

La investigadora Galindo Cruz explica con las siguientes palabras el interés de Vergara y Vergara por llegar al público español:

La preocupación de Vergara hacia el público español tiene que ver con un aspecto fuertemente arraigado en el seno de esta asociación de intelectuales: la idea liberal de impulsar el progreso de la nación mediante la promoción de la inmigración, atrayendo europeos del norte y norteamericanos por su espíritu de empresa; sin embargo, Vergara y la mayoría de sus contertulios eran conservadores, y para ellos el contacto con franceses e ingleses, manejado inadecuadamente, llevaba a la pérdida de las tradiciones en perjuicio de la patria, por ello el impulso de Vergara tendía a reafirmar los lazos con lo que consideraba el germen, el origen de la nación: la *madre patria*, España. (GALINDO CRUZ, 2015, p. 122).

En el *Museo de Cuadros de Costumbres* fueron incluidos numerosos relatos de viajes, lo cual no debe sorprendernos pues la literatura de viaje y el costumbrismo eran limítrofes en la época (CHOZAS, 2014, 137-143), pero tanto las relaciones de viajes como los cuadros de costumbres respondían en esta publicación a una misma “necesidad de construcción de una idea de nación” (GALINDO CRUZ, 2015, p. 120) que los conservadores colombianos querían fundamentar en sus raíces españolas.

Entre la literatura de viaje recogida en el *Museo de Cuadros de Costumbres*, se incluyen tres textos dedicados al Salto de Tequendama: además del artículo de Juan Francisco Ortiz, encontramos otro de José María Salazar²¹, y un tercero de José Manuel

²¹ “La cascada del Tequendama”, con transcripción publicada por el Banco de la República de Colombia en el volumen IV: <http://babel.banrepcultural.org/cdm/singleitem/collection/p17054coll10/id/2515/rec/4>

Groot²². Cuando José María Vergara y Vergara se ve en la tesitura de escribir directamente para el público español desde la revista ilustrada más prestigiosa de su tiempo, opta por el texto de Juan Francisco Ortiz como base para su artículo.

Para representar a Colombia se escoge un escenario salvaje y virgen, ajeno en principio al ser humano, y a los pobladores del territorio: significativamente, en el grabado que acompaña al texto no aparece ninguna figura humana. Indirectamente, se transmite el mensaje de que lo más admirable del país es un elemento de la naturaleza, evitando hablar de los pobladores humanos del territorio (sean indígenas, criollos o mestizos) y de sus manifestaciones culturales. En lugar de una obra humana, se elige lo que se considera una portentosa obra del Creador, muy por encima de la vanidad y las rencillas humanas²³. De esta manera, optando por una “maravilla” natural, Vergara y Vergara, junto a otros muchos escritores colombianos de su tiempo²⁴, propone como emblema e imagen exportable del país un elemento que viene a reforzar el tópico que se quería combatir: el del país agreste, al margen de la civilización. Parecía optarse por un elemento que, sin duda, impresionaría las sensibilidades europeas y satisfaría los anhelos de exotismo: una enorme catarata despeñándose en medio de la selva, toda fuerza, vitalidad y desmesura.

El paisaje descrito, en principio inhumano y neutro, no obstante, se personifica y humaniza en la pluma de los poetas, de manera que el objeto retratado pasa a reflejar la personalidad del observador. En el caso del Tequendama, Vergara y Vergara, y los autores de su preferencia, optan por evitar la visión objetiva, científica, ilustrada, así como la mítica y folclórica, y en su lugar se aproximan a la cascada con la lente del Romanticismo, empleando un estilo vehemente muy en boga en Europa: el Salto es espejo de pasiones desahoradas desatadas, portal de la trascendencia, símbolo de la muerte y el suicidio, huella terrible de Dios, sublime y espantosa manifestación de la divinidad. Desde un punto de vista romántico, nada podía ser tan elevado y admirable como el Salto

²² “El paseo al Salto del Tequendama”, con transcripción publicada por el Banco de la República de Colombia en el volumen IV:

<http://babel.banrepcultural.org/cdm/singleitem/collection/p17054coll10/id/2515/rec/4>

²³ En un artículo de la revista *El Mosaico* que trata de otro bello paraje natural colombiano, la laguna de Tota, leemos: “Ya no me va quedando sino esta hermosa naturaleza física que tanto agrada, i casi en proporción que se disgusta uno de la naturaleza moral, al menos tal como se la ve desde la tierra” (J.J.V. “La laguna de Tota”, *El Mosaico*, año III, n° 41, 26/11/1864, pp. 325-327). Resultan también muy significativos los versos que otra poeta del XIX, Waldina Dávila, dedica al Tequendama: “Eres la joya de valorpreciado / con que el Creador engalanó mi patria”.

²⁴ Para ampliar la nómina de autores que escribieron sobre el Tequendama, conviene leer el capítulo “El río Bogotá visto por los intelectuales y artistas”, de Susana de Ariza, en *Río Bogotá*, libro dirigido por Benjamín Villegas. (Villegas Editores, Bogotá, 1985).

de Tequendama, frente al cual toda alma sensible percibía la proximidad del Supremo Hacedor.

El fenómeno natural quedaba así transfigurado en un objeto poético, cargado de significados subjetivos; en un símbolo nacional equiparable a la bandera o a un esquemático cóndor; en un significante que adelgaza y pierde materialidad tendiendo a la abstracción y volviéndose todo significado. El elemento puramente natural se transformaba así en un elemento puramente cultural.

Los reiterados cantos dedicados al Salto de Tequendama a lo largo de todo el siglo XIX llevaron a que pasase a ser imposible ver el Salto con otros ojos que no fueran los del Romanticismo. Muchos de los poemas escondían una premonición de muerte²⁵, y entre la cara bella y la cara terrible que configuran el sentimiento de lo sublime, la historia quiso que acabase triunfando apenas el lado tenebroso. En efecto, cuando, a mediados del siglo XX, se facilitó mucho la llegada al Salto con la construcción de una carretera, comenzó el reguero de suicidios de ciudadanos de Bogotá, atraídos por el nefasto magnetismo de la catarata y, posiblemente, por el halo romántico ya inseparable del lugar.

De esta manera, el paisaje glorioso descrito por los poetas colombianos del siglo XIX, la “maravilla” natural llamada a ser la admiración del mundo, pasó a considerarse un lugar maldito durante décadas. Solo recientemente, un nuevo movimiento artístico, ecológico y político ha vuelto a reivindicar el valor paisajístico y medioambiental del Salto de Tequendama, que acaba de ser declarado patrimonio natural de Colombia.

Referencias

ARIZA, Susana de. El río Bogotá visto por los intelectuales y artistas. In: VILLEGAS, Benjamín. **Río Bogotá**. Bogotá: Villegas Editores, 1985. Disponible en <<https://villegaseditores.com/rio-bogota-visto-por-los-intelectuales-y-artistas>> Acceso en: 9 de nov. 2019.

CAMPOS DÍAZ, José Manuel. **José María Gutiérrez de Alba (1822-1897):** Biografía de un escritor viajero. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015. Disponible en <<https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/39072/Tesis%20doctoral%20de%20Jos%C3%A9%20Manuel%20Campos%20D%C3%ADaz.pdf?sequence=1&isAllowed=y>> Acceso en: 9 de nov. 2019.

²⁵ Por ejemplo, el célebre poema de Agripina Montes del Valle “Al Tequendama”, define el Salto como un “suicidio de coloso”, e incluye además el verso “¡A morir!... El abismo te provoca” o estos otros: “Y abatido y helado el pensamiento / con el adiós postrer de la esperanza / en tu horrible vorágine se lanza / desplomado al más hondo desaliento”. Por su parte, Miguel Antonio Caro escribió: “¡Mirándote, la muerte / yo siento: en tu grandeza engrandecido”.

CALSAMIGLIA, Helena y TUSÓN, Amparo. **Las cosas del decir**. Barcelona: Ariel, 2001.

CHOZAS, Diego. **La literatura de viaje en El Museo Universal (1857-1869)**. Zaragoza: Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza, 2014. Disponible en <<https://zaguan.unizar.es/record/15781/files/TESIS-2014-075.pdf>> Acceso en: 9 de nov. 2019.

GALINDO CRUZ, Diana. El museo (en el) impreso. Un acercamiento al *Museo de cuadros de costumbres y variedades*. **Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas**, vol. 10, n° 2, pp. 107-130, año 2015

GUTIÉRREZ DE ALBA, José María. Al salto de Tequendama. **El Cachaco**, n° 26 (19 de septiembre de 1879), pp. 103-104. Disponible en: <<http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll26/id/1700>>

GUTIÉRREZ DE ALBA, José María. El salto de Tequendama. **La Ilustración Artística**, n° 673, p. 749, año 1894. Disponible en <<https://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/verNumero.do?idNumero=7147201>> Acceso en: 9 de nov. 2019.

GUTIÉRREZ DE ALBA, José María. **Impresiones de un viaje a América. Tomo VII**. Bogotá: Banco de la República (transcripción de Efraín Sánchez disponible en <https://www.banrepcultural.org/blaavirtual/gdea/transcripcion-tomoVII.pdf>)> Acceso en: 9 de nov. 2019.

MÁRQUEZ, Miguel B. D. Aberlardo de Carlos y La Ilustración Española y Americana. **Ámbitos**, n° 13-14, pp. 185-212, año 2005.

NAGAMINE BRANDÃO, Helena H. **Introdução à análise do discurso**. Campinas: Editora da UNICAMP, 2006.

ORLANDI, Eni. **Análise de discurso: princípios e procedimentos**. Campinas: Pontes, 2001.

ORTIZ, José Joaquín. El Tequendama. **La América**, n°1 de 1871 (13 de enero), p. 14. Disponible en <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002268515&search=&lang=es>> Acceso en: 11 de dic. 2019).

ORTIZ, Juan Francisco. El Salto del Tequendama. **Museo de Cuadros de Costumbres**, tomo I, pp. 367-374, 1866 Disponible en <https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/128267> Acceso en: 9 de nov. 2019.

SAMPER, José María (1953) José M. Vergara y Vergara. In: **Selección de estudios**. Biblioteca de Autores Colombianos . Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, pp. 153-166.

VERGARA Y VERGARA, José María. El salto de Tequendama. **La Ilustración Española y Americana**, n° XXIV, pp. 407 y 410, 1871. Disponible en <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001072319&search=&lang=es>> Acceso en: 9 de nov. 2019.

VERGARA Y VERGARA, José María. Carta notable. **La América**, año XV, n° 3, 13/02/1871, pp. 6-8. Disponible en: <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002268922&search=&lang=es>> Acceso en: 9 de nov. 2019.

ZEA, Francisco Antonio. Descripción del salto de Tequendama. **Anales de Ciencias Naturales**, Quaderno VIII, pp. 152-160, 1801. Disponible en <<https://books.google.com.br/books?id=Sm-uSdjN85wC&printsec=frontcover#v=onepage&q=Zea&f=false>> Acceso en: 9 de nov. 2019.